

LA RIQUEZA ESPIRITUAL DE ESPAÑA
BASE DE SU FUTURA GRANDEZA

Lema: «Mühlberg»

Por
Francisco Elías de
Guejardo Spínola
1943

PRIMERA PARTE

CUAL SEA LA RIQUEZA ESPIRITUAL DE UN PUEBLO

I

Todo planteamiento histórico requiere una previa consideración metafísica, salvo que deliberadamente queramos caer en un positivismo a lo Augusto Comte. De la Historia no son deducibles las categorías con la que la misma Historia haya de ser medida, porque la Historia es la fórmula del acontecer de unos seres y este acontecer está ligado a la condición de esos seres mismos. Para observar y definir un hecho obra de tales seres en el tiempo, antes de mirar los hechos, que son producto, debemos analizar la condición de sus autores.

Y la Historia es obra de los hombres. Luego la regla con que medir y valorar los hechos de los hombres han de provenir del hombre mismo con preferencia al resultado de su actividad. El problema planteado como tema del concurso cae de lleno dentro de esta observación. No podemos saber en qué consiste históricamente la riqueza espiritual de España sin aprender de un modo previo cuál sea la riqueza espiritual de un pueblo, porque lo primero es un dato histórico que ha de ser enfocado con puntos de vista generales ajenos a toda consideración del aquí y del ahora. Para entender qué es lo que España guarda y atesora, hemos de averiguar qué y cómo se guarda y atesora una riqueza del espíritu.

II

La primera de las tesis en esta Memoria sustentadas contesta a esa pregunta: *La riqueza espiritual de un pueblo es la esencia íntima que define a un pueblo como grupo humano aparte.*

Lo que diferencia a unos pueblos de otros es un motivo ajeno a las de-

finiciones que son criterio en ciertos escritores. Un grupo humano no se distingue de otros por razones afincadas en la naturaleza, porque la fe y la ciencia de consuno nos demuestran la unidad de la entera Humanidad en todos los tiempos y en todos los lugares. Ni la raza, que acerca el tema a un plano brutalmente zoológico; ni el suelo, que hace a un ser racional mera secuencia del colorido de un paisaje, bastan para argüir de manera irrefutable. Lo que nos separa de un pueblo distinto es un problema meramente histórico, es la secuela de un actuar de unos hombres en el tiempo, es la tarea de una serie de generaciones en el lento rodar de los siglos y las cosas. Ni tampoco nos separa y diferencia la adscripción a una quimérica empresa atadora de coterráneas y coexistentes voluntades. Ni en la fórmula liberal que Reman expuso como el plebiscito cotidianamente renovado, ni en el quehacer común que elaboró Ortega y Gasset. Porque yo no me siento español en razón de que todos los españoles estemos conformes en determinada idea o conquista, sino porque sobre mis espaldas cae la carga gloriosa de una larga cadena de grandezas expresadas en una lengua que mis padres tallaron con sus labios, urdidas con espadas manejadas por unos brazos que eran suyos y guardados amorosamente en el calor de unos corazones que latían unísonos en la magna empresa. No es una empresa futura la que me ata a otros hombres para que juntos aceptemos el epíteto de españoles, sino el substrátum de cien empresas pasadas, lo que ha quedado más allá del tiempo de que sus abuelos y los míos anduvieron juntos, en auténtica camaradería cervantina, todos los caminos de la vida: los de la gloria y los del desastre, los de la alegría y los de la tristeza, los del afán y los del abatimiento.

La riqueza espiritual que me legaron late en mi alma con pasión viviente. Y es esa misma riqueza, herencia gloriosa de unos afanes unidamente sentidos, la que al acercarme a determinados seres humanos para formar un grupo me aleja de los que se unen entre sí como portadores de riquezas espirituales distintas, heredadas de los que antes vivieron distintas ocasiones.

Elemento diferenciador de un grupo humano y riqueza espiritual son, pues, la misma cosa. Son lo que tenemos de los que fueron, es la configuración que a nuestro hacer de hombres del día presta el obrar de los que ayer actuaron. Los que no piensan así, los que creen que los hombres se diferencian en virtud de motivaciones de la carne, caen de lleno en el terreno de la empirie, y al moverse sobre datos empíricos de lengua o raza pierden de vista la constante visión de lejanías universales, que es patrimonio de la Metafísica. El accidente les sirve de sustancia, y la lengua, que es fórmula exteriorizadora de una tradición común, se les antoja ser la tradición misma, de la que es mera encubridora, simbólica y externa.

III

Vistas así las cosas y apuntados errores semejantes, desde dos puntos de vista distintos ha de considerarse la riqueza espiritual de un pueblo: desde el largo camino forjador de esa riqueza espiritual y desde el plano que resulta de cortar ese camino reduciendo nuestro ángulo visual a una época determinada.

En el primer aspecto, nos encontramos con la cadena entera de la formación de nuestra riqueza espiritual; en el segundo, con uno de los instantes de la lenta elaboración. Así el primero abarca al segundo, integrándole con otros momentos históricos dentro de un producto más amplio; mejor dicho, el proceso generador de nuestra riqueza espiritual está constituido por la sarta ordenada de los procesos que se circunscriben a una ocasión y coyuntura. Es una cadena cuyos eslabones se dan siglo por siglo y paso a paso.

Pues bien, la segunda tesis que presentamos completando a la primera define la relación de esas dos consideraciones de la marcha engendradora de nuestra riqueza espiritual: *La cadena es la tradición; los eslabones, las empresas nacionales.*

Nación es aquella nota peculiar de un pueblo o agrupación de pueblos dentro de un determinado período de la Historia. Así, en nuestra Reconquista, cara a la morisma, la lucha contra el árabe invasor, que es labor centenaria de nuestros abuelos; así, en Roma, la unidad política, hija de la conquista, que es ocupación de sus hombres durante siete siglos de grandeza. Tradición es el lazo que ata entre sí esas diferentes empresas o banderines de las distintas épocas históricas, dándoles trabazón y sentido en el discurso de los tiempos. Así, en España, la afirmación y el mantenimiento del sentido católico de la vida en austera ortodoxia intransigente.

IV

Estas definiciones nos acercan fácilmente a la tercera de las tesis propugnadas, secuela directa de la comparación de las dos anteriores: *Riqueza espiritual, elemento diferenciador de un pueblo y tradición son la misma cosa.*

La riqueza espiritual es el resultado del obrar antiguo, trama de soleras depuradas, residuo de un operar recio y seguido concretado en proposiciones ceñidas y precisas. Cuando se proyecta en una obra artística, un libro o un cuadro se funde a través del pincel o de la pluma con el sentir y el pensar de la hora en que esas muestras se producen; pero esos objetos, antes y por incorporarse a tan magno acervo de dimensiones expresivas,

tonian su valer de tales en un marco determinado, precisamente porque tras de sus frases o de su dibujo se transparenta una manera de vivir y de sentido dimanada de todo un cúmulo de manifestaciones temporalmente previas. La riqueza espiritual es una corona de férrea factura puesta sobre las frentes de los componentes de una comunidad política en tal manera, que es tesoro forzoso imposible jamás de renunciar. Esto es, la riqueza espiritual de un pueblo es un conjunto de brotes de vida, un producto dotado de crepitante dinamismo.

El elemento diferenciador de un pueblo entre los otros pueblos que con él coexisten se forma por la condensación exterior en caracteres típicos de aquella interna riqueza espiritual. Los detalles de lengua o de cultura que diferencian a un grupo nacional de su vecino son así por responder a una especial manera interna, manera que, a su vez, resulta de la peculiar tonalidad de aquel tesoro íntimo que llamamos riqueza espiritual hace un instante; son, más que resultados, accidentes secundarios prendidos al accidente principal, por emplear la terminología de la Escuela.

De este modo, el elemento diferenciador es, en realidad, la riqueza espiritual. Los otros detalles, tenidos a menudo por más importantes solamente por ser más visibles a primera vista, toman toda su razón de valer y toda su importancia de referirse a la causa honda que da vida a los pueblos brindándoles las ocasiones de variación que forjan la personalidad.

Y ambos, fundidos en uno solo, dan lugar a la tradición. Tradición, que es el cauce vivo por el que discurre la entraña de un pueblo, la vena hondísima que hace historia de realidad operante esa esquemática de la riqueza espiritual como elemento diferenciador de un grupo. La Tradición es la proyección de esas fórmulas frías en el terreno de la vida política, transformando verdades de gabinete en afirmaciones de caliente palpitante. La riqueza espiritual de un pueblo es la Tradición misma, porque la Tradición es el pasado vivo que no quiere ni puede perecer, el ayuntamiento de las empresas sucesivas en una vibrante unidad llena de fuego.

Esa contextura de continuidad, a lo largo de las empresas nacionales que interpretan una a una distintos momentos de lo histórico, da a la Tradición la prestancia que efectivamente necesita y depura los ingredientes que la integran. "Tradición —ha dicho magistralmente Victor Pradera— no es todo lo pasado... Tradición es el pasado que cualifica suficientemente los fundamentos doctrinales de la vida humana de relación en abstracto considerada: es, en otras palabras, el pasado que sobrevive y tiene virtud para hacerse futuro." (*El Estado nuevo*, segunda edición, 1937, pág. 33.)

No podemos, por tanto, considerar como tradición toda la historia de un pueblo, sino lo que esa historia ha dejado como sedimento en todos los campos de la vida. Cortada en cualquier instante la vida de una comunidad política, su proceso nos muestra cómo pueden verse allí diversas fuerzas en lucha, fuerzas que añadieron los tiempos y las cosas. Pero esas fuerzas no tienen otro final que el de los ríos al desembocar en el océano: más tarde o más temprano, concluyen por ir a dar en los mares de la Tradición.

Y esto no es morir, que eso está bien, como creyó el poeta, para los ríos de la humana vida; en las fuerzas que agitan el subsuelo espiritual de

un pueblo hay un ansia afanosa de inmortalidad terrena que pugna con el constante y rápido finar de los individuos componentes. Lo que ocurre es que al desembocar cada uno de esos ríos espirituales en la gran masa de aguas que es la Tradición, no llegan con las gotas que matizaron su nacer entre matas de la sierra; han ido perdiendo unas en la adversidad de los páramos desérticos y han recogido, en cambio, el sabor de todas las tierras que besaron a lo largo de su curso. Depuradas o turbias, al llegar al mar en donde acaban, le entregan y transmiten todo lo que son y todo lo que tienen; y allí, al fundirse con las aguas de los ríos que vinieron en tiempos anteriores, son nuevamente contrastadas y señalada su aportación al sabor y al color del todo, que se llama el océano. De este modo, el mar es masa de aguas compuesta de otras aguas que a cada instante se renuevan; pero al mismo tiempo, masa de aguas de reconocida personalidad diversa.

Del mismo modo, la Tradición se va formando y transformando con las aguas que llegan en cada hora, pero sin perder jamás su tipo propio, sedimento de los ríos que antes desembocaron; no es cosa estática, sino dinámica, cambiante en renovación continuada del mismo contenido, según van cayendo sobre la masa de la riqueza espiritual en que consiste la permanente aportación de los sucesivos momentos nacionales.

La Tradición, broche de la riqueza espiritual y motivo característico de un pueblo, excede a un simple día, pero se mueve en un *nunc* ineludible. Es una vertical que en cada uno de los puntos componentes se halla clavada en un plano al que ese mismo punto componente pertenece; por eso su esencia es a la par cambiante y permanente, sensiblemente continua, pero no exactamente idéntica.

V

Resumiendo las tesis propuestas de que hemos hecho categorías metafísicas de una Filosofía política con las que medir la concreta realidad del caso hispánico: Tradición, riqueza espiritual y elemento diferenciador son lo mismo.

Y ese núcleo anímico de un grande grupo humano resulta del cambiante proceso de la Historia como resultado de la integración en el hilo de la continuidad de una serie de momentos nacionales, símbolos de la hermandad que ata y subyuga en los problemas palpitantes y conmovedores de la ilusión y del desengaño, del oprobio y del orgullo, de la vida y de la muerte.

SEGUNDA PARTE

EN QUE CONSISTE LA RIQUEZA ESPIRITUAL DE ESPAÑA

VI

Al plantearse el problema en un terreno histórico intentando averiguar cuál sea la Tradición de España, no debemos olvidar que es nación lo que nos atrae a cada momento, y tradición, el residuo permanentemente renovados de esos momentos todos; aquélla, lo actual y pasajero; ésta, lo permanente y efectivo; nación, la fórmula que por defuera nos define en una hora; tradición, el callado labrar bajo los siglos. Por eso, al afrontar qué sea históricamente lo español, hemos de empezar por apuntar que nuestro intento no es buscar una de las banderas hispánicas a lo largo de los tiempos, sino la auténtica Tradición de España, depositaria de la riqueza espiritual que define lo español.

Un ejemplo aclara lo dicho:

Si tomamos un texto de D'Annunzio y lo oponemos a otro benaventiano y del *Cantar del Mio Cid*, tal vez a primera vista hallemos menos lejanía entre los dos primeros que entre las propuestas citas españolas separadas por cerca de ocho siglos; la proximidad de la hora es más fuerte que la unidad literaria entre páginas novisimas y medievales. Y sin embargo, entre ellos reconocemos una conexión casi intuitiva, pero profundísima, que nos lleva a relacionarlos con intimidad, pese a razones filológicas en contra, hijas de la circunstancia y del ambiente; al leerlos, aun resultándonos aparentemente más extraños, notamos allí una cosa que es nuestra, que nos pertenece en amada e irrenunciable propiedad. Hay un lazo que nos ata a ellos, que nos dice que los hombres que les dieron vida eran gentes afectas a nosotros, dotadas de una postura ante las cosas que les hacía pensar, querer y sentir a nuestro modo.

Pues igual acontece en la Historia de nuestros pueblos. Alguien ha dicho que "la evolución lingüística se mantiene alrededor de un eje diomático firme, que forma *pendant* con el eje ideal que llamamos tradición"; y en verdad que, dado el ejemplo presentado, bien puede sostenerse, sin miedo a yerro alguno, que las etapas nacionales españolas son a la Tradición de las Españas lo que el vocabulario de la *Vida de San Millán de la Cogolla*, del *Rimado de Palacio*, del *Don Quijote*, del *Fray Gerundio* o del *Gran Galcoto* a la línea central evolutiva de la lengua castellana.

VII

No creemos, con Heinz O. Ziegler (*Die moderne Nation. Ein Beitrag zur politischen Soziologie*. Verlag von J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1931.—VIII + 308 S.—Véase el cap. III, págs. 70 y ss.), que el origen de los motivos diferenciadores de un grupo nacional se localicen en la ocasión dieciochesca de las Revoluciones; antes nos parece miope una concepción que olvida que todo lo más que se logra en esa hora es la condensación de un proceso largo y secularmente preparado. En el caso nuestro, que es el que nos interesa, lo español tiene vigencia con anterioridad a las jornadas gaditanas; se inserta en una hilera de vivencias auténticas y autótonas, aureoladas de peculiares accidentes.

Cuando en la intimidad de nuestra conciencia nos preguntamos las raíces que llevamos clavadas en el alma, no podemos menos de confesar, sea cualquiera la postura política que se tenga, que somos lo que somos —españoles— por la Tradición que en nuestras venas late; lo mismo que somos lo que somos, en cuanto seres vivos, por la generación de nuestros padres, a nuestros padres —hacedores de España— débemos el adjetivo que cualifica nuestra humana condición. Nadie, en tierras de España, que no esté ofuscado por el general y mimético espíritu de copia, que es nuestro gran problema, puede renegar de la Tradición y aventar la riqueza espiritual, constitutiva del más sagrado de los patrimonios; renegar de una y dilapidar la otra sería un crimen tan de lesa natura como si asesináramos a nuestros padres mismos, un tremendo delito de parricidio descomunal.

En consecuencia, buscar a España y contestar al tema propuesto en el concurso es delimitar los perfiles de la Tradición que es algo nuestro; una delimitación que debe hacerse en los campos de la Historia.

Ya podemos, sabiendo esto, ir al problema con caracteres de detalle. Lo español puede ser estimado o como delimitación en un lugar y en un momento preciso o como ente espiritual que escape a toda localización.

VIII

Geográficamente, se ha querido decir que nuestra España es el espacio territorial que en la península del ángulo sudoccidental de Europa se halla separado de Africa por las columnas gaditanas y de Francia por las crestas pirenaicas; regada a Oriente por el mar que besó la más clásica de todas las culturas y dormida a Occidente en la almohada blanca de lo desconocido del Atlántico brumoso. Pero España es mucho más que un trozo de terruño, porque lo que tipifica la Tradición de España es que fué misión abierta a la rosa de los vientos.

IX

Cierto que en un primer momento España es una expresión geográfica. Para las gentes del mundo antiguo es cabalmente la península de los iberos, en que un confuso montón de pueblos divididos vivían en continua lucha interna. La primera época española es una etapa de disgregación y abigarrado colorido, en la que solamente existe el factor más simple de unidad: el geográfico, el perímetro que las costas y los Pirineos delimitan.

X

Un segundo momento lo trae Roma reduciendo a unidad administrativa la que antes era fórmula de unión circunscrita al lazo de las aguas y los montes. Es el paso pesado de las legiones augustales el que recorre los extremos más apartados de las comarcas, reduce a sumisión a los núcleos del Norte, vivientes en perpetua rebeldía, e instaura una paz enmallada en colonias de hijos del mismo Latio, paz que abre la primera era de nuestra cultura y florecer. En aquella amonfa diversidad de pueblos, cuyos muros oran fronteras que abrían tierras al odio y la venganza, Roma trae a ras-tras de su inmortal genio político un hábito de cercanía y proximidad, apartador de discolas querellas. Cuando Roma pasa y se extinguen en la lejanía de los tiempos todos los ruidos del recio andar de sus manípulos, en España ha quedado, finando el segundo período formador de nuestra esencia, una semilla de latinidad; semilla que, en conjugación con lo geográfico de la época primera, nos da lo que España es en los albores del siglo v: una mezcla de pueblos cuya separación de los restantes del mundo entonces conocido se obtiene según tres factores entre sí fundidos para dar el nuevo producto aparte, que ya es lo español: primero, los límites terrenos de la época primitiva; segundo, el reflejo de una unidad administrativa que Roma mantuvo férreamente a lo largo de seis siglos y que, más o menos, calcoó de la unidad geográfica anterior; tercero, un fermento de acercamiento superador de las antiguas luchas, labrado con un común idioma que está en lengua de todos, con un sistema aderezado con los mismos componentes y con una organización jurídica, reflejo de iguales concepciones universas.

La España que Roma deja por herencia a las sucesivas oleadas de gentes rubias invasoras, incivilizadas e hiperbóreas, es una expresión más que geográfica, muy superiormente delineada respecto a la de la edad primera. Lo que antes era promesa de ser es ya embrión que sólo espera condiciones externas favorables para cuajar en realidad fecunda.

XI

Una de las bandas invasoras que apresuradamente se reparten la herencia colosal de los emperadores está destinada a cumplir esa tarea y a redondear la unidad entre los hombres españoles: son los godos de Occidente, que en los cascos de sus corceles llevan el sello que marca los imperios.

Los godos coronan la obra y completan la especialización de lo español. Ante todo llevan a cabo la primera unidad política atando los extremos peninsulares entre las franciscas de sus bucelarios, borrando toda disensión al suprimir la ley de razas y aupando a los vencidos de superior cultura hasta colocarlos hombro a hombro de los vencedores en los más delicados puestos de responsabilidad pública. En segundo lugar, sometiendo a la verdad suprema, bajando la orgullosa cabeza para recibir las igualadoras aguas bautismales y doblando las rodillas ante un Señor tan alto, que no admite disparidad en su presencia. En los dos lados de la vida de coexistencia ciudadana y de la vida de ilusiones eternas, los visigodos plasman en acénto único las voces antiguas de hondas diferencias. Ya en San Isidoro Hispania es una idea con fuerza clavada en los corazones, vergel hermoso entre todas las tierras que se extienden desde el Oriente hasta la India, reina de todas las provincias, honra y prez de todo el orbe, la porción más ilustre del globo, florida en los campos, frondosa en los montes, vestida de espigas, sombreada de olivos, ceñida de vides, fecunda en los ríos y rica en los montes. (*Historia de regibus Gothorum*, prólogo.) Y Orosio es estampa de nacionalismo universal.

La ilusión paulatina de los venidos de todos los rincones del mundo conocido y la idea de una prestancia de los valores religiosos van señalando el rumbo de una actuación universalista, católica. Ya en los godos los colonidos del río o de la cabellera desaparecen ante la razón superior de la hermandad en Cristo; se van dando poco a poco de lado a los estigmas señaladores de cosas materiales, porque las cosas materiales escinden y sólo agrupan la filiación en Dios. Es el espíritu vivificador de aquella masa informe de grecorromanos y bárbaros lo que únicamente podía serlo: la dejación de los factores cuyo destino es polvo en holocausto de aquellos impalpables que ofrecen vigor de eternidad. Lo que a la postre de este tercer período queda es la aparición de un elemento nuevo, tan poderoso, que en lo sucesivo ha de ser el meollo de la Tradición de España: la ortodoxia cerrada de un catolicismo intransigente, de cuya sustancia y para cuyo servicio vivirán las oleadas de generaciones españolas.

Los Concilios de Toledo no ofrecen otro significado que el de suponer la comunidad del pueblo ante la fe cristiana. Los *tomos regios* de los monarcas visigodos tienen el hondo sentir de una unidad que no se apoya ya ni en la brutal imposición de la conquista, ni en la tiranía de una secta, ni en la oposición de dos razas, ni en la lucha interior de religiones, sino que es símbolo y expresión de un lazo más fuerte que el parentesco y que

la vecindad, que la obediencia soldada a un simple hombre o que la razón sin razón de las espadas invasoras: la chispa de una ilusión ultraterrena, a cuyo servicio han de vivir *comites y seniores, optimates y principes patatii, servi y laudes*.

La unidad política que los godos han traído, muy superior a las unidades geográfica y administrativa que conocieron celtíberos y romanos, es con eso más firme, tanto más a medida que va subiendo a los planos espirituales. Ni siquiera es menos profundo el cimiento del trono real, sino que la aprobación conciliar da mayores garantías y es más segura que lo era la línea familiar de los baltas hasta la muerte de Amalarico, en 531; más que el hecho de pertenecer a una raza humana que de los dioses se desprende está este nuevo de que también el rey ha de inclinarse ante idéntico altar, ante el que sus súbditos se postran y que también él, justamente con su función de buen gobierno, ha de ganar un puesto de felicidad asequible al último de sus infelices. El *rex eris si recte facies, si autem non facies non eris* implica una limitación ética y una nueva noción de los deberes que responde a la concepción que esta época ha traído consigo: la de edificar lo hispánico sobre la unidad política de obediencia a un rey justo que, a su vez, se apoya, tramo a tramo, en una unidad religiosa interior.

Al caer en los campos del Guadalete la grandeza de los reyes toledanos, queda un algo que es ya español; lo que fué embrión a la sombra de las águilas romanas es ya planta nacida y lozana, que en la rudeza de las selvas nórdicas hallará clima y tempero sazonados para dar flores de Reconquista y frutos de Contrarreforma. En 711 España existe ya, bien que tosca y sin perfiles; conoce de todos los requisitos exigidos para prosperar en jornadas venideras.

XII

Los árabes han de ser el reactivo que provoque la acentuación de lo nuestro, dotando a lo español de las dos notas suyas más propias: de misticismo y de idealidad. Son estos semitas, soñadores y morenos, la causa de aquilataamiento que haga desaparecer la tosquedad un poco burda todavía de los contornos de la hora visigoda.

Los árabes oponen a la nuestra una concepción universal sensiblemente parecida; precisamente la importancia que para la idea de lo español tiene su presencia en nuestro suelo es que por primera vez lidian entre sí dos concepciones diversas, dos ansias de servir a dos señores cuyas banderas de la cruz y de la media luna están por encima de cualquiera suerte de localismos y aspiran a la dominación entera de toda la faz de la tierra y de todas las gentes que la habitan. Nada podía fortalecer más a lo hispánico como unidad político-religiosa que la lucha a muerte con otra visión espiritualista de las cosas; son dos misiones ambiciosas de verdad y fe que se contraponen, dos universalidades que no saben ya de particularismos.

El sentir que de las cosas tienen los árabes que siguen Mahoma es el

razonar propio de las gentes orientales y en su manera lógica hay ecos de analogía con la teogamia egipcia, que hacia a los faraones hijos del coito entre el buey Apis y la reina; de la síntesis babilónica que nos muestran el *Código de Hammurabi* o los *Salmos de penitencia*, o de la construcción misona en que el orden político se basa en la idea sagrada y misteriosa del *Tenno*. Chocamos con un hieratismo hermético que asfixia la actividad vital del hombre en el caparazón político-religioso de un sistema sin entresijos ni salidas.

Se trata de una misión que agosta la enjundia de la personalidad humana, implicando la desaparición del hombre en los senos misteriosos del todo; lo mismo que en la propia construcción hebrea, en que todo terminaba en *Yahvé* (1), entre los árabes el último *leit-motiv* radica en el aniquilamiento ante Alá. Precisamente lo que la voz misma de musulmán quiere decir es esto, ya que *muslim* (2) es gramaticalmente el participio del verbo *salama* (3), que corresponde a la significación de estar sano y salvo; mas estando sano y salvo con vistas a una salud espiritual es andar recto, obrar según una norma de vida, cuyo sentido se nos da en la forma cuarta de esa raíz, que es *Islam* (4), literalmente, sumisión total a Alá. No es una pura casualidad gramatical que de la misma raíz fonética *salama* (5) se derive en su forma segunda, junto con *Islam* (6), la palabra *taslyim* (7), que a la letra se traduce por seguir ciegamente la autoridad de alguien.

Con esa visión, el mundo de la realidad histórica se transformaba en un campo de batalla en el que los creyentes llevarían gozosa y diaria vida de milicia, alistados en los escuadrones de un Dios único, que el gran profeta habría revelado. La obra principal estaba, no en una hazaña de conquista exclusivamente terrena, de un imperio al uso de los Sasánidas o de Alejandro, sino de una acción expansiva en que, al extenderse unos hombres por el mundo, expandieran consigo las enseñanzas de la verdad coránica. El Corán mismo es una simple lectura (*Alkur'ani*) (8) de esa verdad suprema; y todo sistema político ha de valer en el mundo árabe en tanto en cuanto lata bajo él una cuestión teológica.

Las sectas de los más variados matices son simples aberraciones respecto a la Teología dogmática ortodoxa, frente al *Kalam* (9); el Derecho está condensado en el código supremo de la Religión y en el decir del gran profeta; hasta la consecuencia de la misión de Mahoma, el califato, es un hombre representante de Dios, *Halyfatul* (10), que está detrás (11) del ser supremo por quien actúa en la tierra. Hasta las sultanías resultan prin-

(1) D'n'5x

(5)

pluu

(9)

قال

(2) pluus

(6)

pluu!

(10)

خليفة

(3) plu

(7)

pluu

(4) pluu!

(8)

قآ، القرآن

(11)

خلف

cipados anormales en razón de aquella idea central de la Divinidad dando calor a todo y haciendo arder todo en la llama de su supremacía.

Cuando una concepción semejante, llena de vida y de fuego, chocó con los caducos sistemas de una civilización rápidamente envejecida, no encontró sino altares que trocar en astillas y troncos sobre los que escupir el polvo de las estepas del desierto. Ni siquiera la fuerza más nueva del Oriente, aquel imperio persa de los Sasánidas que los autores arábigos, como el Masudi, habían de presentar cual modelo y paradigma, pudo resistir el asalto dinámico que a los islamitas prestaba la fuerza arrolladora de este principio terminante: luchar por el reinado de un Señor absoluto de la Tierra y del Cielo, por el que no era penoso, sino hasta grato sucumbir.

El huracán llegó desde Oceanía hasta las costas del Atlántico y desde Armenia hasta el corazón negro de África. Solamente se detuvo unos instantes en Poitiers y fué poco a poco, tenazmente, expulsado de la parte occidental de Europa. Y la empresa de extirparlo del rincón occidental de Europa fué obra de los hijos de este trozo de suelo que se llamaba Hispania.

La Reconquista, que llena ocho siglos de historia española, tiene el valor de ser una cruzada permanente en la que, tras las lanzas de los guerreros, asoma la polémica entre dos concepciones inconciliables: la de la fe del hijo de un humilde carpintero, Dios hecho carne en honor de holocausto gigantesco, y el amasijo de cuestiones que el marido de Hadicha coleccionó en sus viajes comerciales. Son dos verdades, ambas con potencia expansiva y las dos soñando y pregonando la universalidad; son dos sistemas, únicos en poderío a lo largo de la marcha de los tiempos, que precisamente aquí, en esta comarca perdida y confinante con lo desconocido, se dieron cita que dirimiese para siempre el porvenir de la civilización. Dios escogió nuestros montes y nuestras llanuras para palenque en la liza, que era su liza propia, y en aquellas jornadas medievales en que una humanidad soñolienta dormía su cansancio del colosal esfuerzo con que Roma había unificado el mundo antiguo, hombres y tierras de España alentaron en la presencia de una batalla que en aquellos rudos días fué la auténtica y única batalla por la Cristiandad.

De ella quedó un fruto: el de aquilatar el sentido universo de lo hispánico hasta el punto de que, ya en lo futuro, España se diferenciará del resto de los pueblos cristianos, cabalmente en razón de una mayor concesión al espíritu religioso y por anteponer a todos los problemas el problema de la fe en Cristo. Fué designio divino hacer que la sangre de treinta generaciones fuera óbolo con que comprar un sentido verdadero de la vida, en virtud de la cual, España va creciendo, por el múltiple cauce de Castilla, León, Portugal, Aragón, Navarra y Cataluña, en un desarrollo que coincide con el desarrollo de las fronteras de la fe. Ni Francia, ni Inglaterra, ni Alemania, ni ninguno otro de los pueblos de la Cristiandad europea fué protagonista de semejante destino de cruzada, permanente; solo España supo de la trágica grandeza en que el problema agareno servía de acicate permanente para confundir de hecho, en el terreno real superior al de las disquisiciones cognitivas, la causa de Dios y la causa patria.

Reactivo poderoso fué la presencia árabe, porque provocó un movimiento contrapuesto tan potente que todavía es tipificador de todo lo español. Nos dejaron zalemas de caballería, cortes de modismos, flores de cultura y rasgos de costumbres; pero mucho más que esas influencias directas vale el hecho de que dieran pie a una acentuación misionera y universal de aquella tenue luz que Recaredo encendió en el tercer Concilio toledano y a la que la discusión y ataque había que fortalecer en nuestros pechos. Cuando con los ojos del día con que hoy vemos lo pasado hemos de estimar en su valor discreto lo que significa la invasión árabe, no podemos por menos de considerar providencial aquella rota tan llorada del Guadalete, que permitió fundir para siempre lo espiritual con nuestro esfuerzo y forjó los moldes de la gloria renacentista nuestra.

La Reconquista permitió esa obra al caldear al rojo vivo la afirmación de una cosa, lo cristiano, que los contrarios ponían en tela de disputa. Por eso, si el largo lidiar contra la morisma no trae, ciertamente, un elemento nuevo, es una etapa —la cuarta— en que se fortalece la verdad antigua y se hace aun más sólida, unión de almas en misión, la unión política de los años visigodos.

XIII

Con este afianzamiento, España era el único pueblo capacitado para afrontar seguro la crisis que va a romper la vieja construcción cristiana del medievo, aquella catedral política que se interpretaba según las otras catedrales filosóficas de la *Summas* y ornamentales de lo gótico. El desarrollo de los acontecimientos es bien claro. Había una situación jerárquica, Sacro Romano Imperio, que parecía capaz de soportar el cambio de los tiempos; una obra de bien trabada arquitectura, de una solidez y elasticidad casi perfectas. Pero no bien dobló el recodo del 1300, el orden que el Aquinate interpretara daba las primeras muestras y síntomas de resquebrajamiento.

Se había conseguido la armonía ideal de las criaturas; en lo religioso, negocio de las almas, que son partes las más altas del hombre, con el aquilatamiento de las relaciones entre Dios y la criatura racional; en la vida política, con la jerarquización de los pueblos agrupados en Cristiandad al lado del sol del Papado y de la luna del Imperio; en síntesis de ambas, con la creación de dos ordenamientos íntimamente unidos, respaldados por la concepción ontológica del cosmos como una sucesión de escalas ónticas apoyadas en un primer motor inmóvil: Dios.

La ruptura de aquel orden magnífico había de venir por cuatro etapas. Una, la primera, de aspecto político, consistente en la formación de órdenes aparte ligados del Papa y del emperador. La segunda, religiosa, que lleva al extremo la tendencia disgregadora suplantando los dos grandes centros medievales por una serie de agrupaciones, cuya fuerza centrípeta no excedía de los límites del país o la ciudad. Otra, tercera, ética, que conducía a la

paganización de la Moral negando la bondad de la cristiana. Otra, cuarta y última, que culmina en Grocio y es la puramente filosófica, plasmada en un Derecho natural independientemente de Dios. Reunidas todas en la coyuntura cultural del Renacimiento, es en tal ocasión cuando chocan con aquella intransigencia que ocho siglos de lucha han curtido en las gentes españolas.

La primera está representada por la doctrina de la soberanía, negación de la suprema autoridad con límites. La segunda es Lutero y la oleada de herejías que van, en general, desde Wicleff y Juan Huss hasta el volterrianismo. La tercera tiene el nombre de maquiavelismo y su influjo no ha muerto todavía. La cuarta, en relación con la primera, origina las dos concepciones del Estado moderno, las del poder soberano como negación de todo orden divino o terrenal, las del absolutismo real de los príncipes y el absolutismo popular de los pueblos, la de Bodin y la de Rousseau, la de los derechos divinos de los reyes y la de la Revolución francesa.

El resumen de todas es la consagración de un mundo plagado de novedades, que es la antítesis de lo que España era; con ello se trueca Europa en uno de los campos abiertos a la misión. Nace un concepto de la vida, con el que queda rota la unidad española de lo humano; nace lo que Dilthey ha llamado "el hombre nuevo" (*Leibniz und sein Zeitalter. En Gesammelte Schriften*, tomo III, pág. 45), caracterizado porque conquistaba la autonomía prescindiendo de Dios en el proceso del pensamiento científico (*Friedrich der Grosse und die deutsche Aufklärung. En Gesammelte Schriften*, III, 67). Si es cierto que se produce un gran movimiento espiritual (*L. u. s. Z.*, cit., pág. 3), ese movimiento que trastorna los espíritus es enemigo de la concepción de los hombres de nuestra Reconquista, porque recoge el desgarramiento de la unidad medieval que venía teniendo sus jalones en Pomponazzi y en Giordano Bruno, en el averroísmo de Padua y en el panteísmo de lo uno, en las guerras entre la Iglesia y el Imperio, en el endiosamiento pagamente maquiavélico del Estado, en la sustitución de la humildad por la *virtú* y en sostener que las obras justifican ante los hombres, pero que es sólo la fe la que justifica ante Dios.

La grandeza de España, la que da a lo español presente una universalidad muy superior a la que quieran pretender los demás pueblos, está en que acude, sola y valiente, a la defensa de ese orden por todas partes combatido, en que es la lucha viva por la defensa de aquel sistema cristiano que se hundía en su quíntuple aspecto religioso, filosófico, ético, político y jurídico. La obra de Cristo, eterna según promesa propia, no podía en manera alguna desaparecer de la faz del planeta. Un brazo poderoso había de surgir a la palestra, y ese brazo fué España. Lo que, en último término, significa la profunda actitud de nuestros pueblos en la encrucijada histórica del xvi es que Dios nos tomó por instrumentos de la gran empresa salvadora y por abanderados del orden ecuménico frente a las gentes descarriadas de un mundo iconoclasta y alocado.

Porque lo que nosotros aportamos en aquellos días áureos es la continuidad de una verdad armónica, al servicio de la cual pusimos nuestra ansia. Maravilla parece que la posición capitana de España en las Armas y en las Letras pudiera mantenerse si no tuviera la explicación de que representábamos un sentido entero de la vida.

Ante los ojos de Europa formaban por encima de la diversidad de las distintas monarquías una unidad fortísima, que nacía históricamente de dos hechos en que se concretaba la serie de etapas anteriores: de un lado, el fervor religioso acuciado por las inquietudes y fatigas de una Reconquista centenaria; de otro, el tono soñador e idealista que une bajo la misma denominación a todos los pueblos que habían cruzado la Península. Estas dos condiciones, determinando nuestra situación respecto a las rupturas del orden medieval cristiano, son la clave única de una conducta con la que se transforma lo particular en lo universal, y sobre el concepto viejo y lleno de analogías de España surge la idea general y nueva de las Españas.

En cuanto a lo primero, se concreta en afirmar rotundamente el primado de la Teología. Bajo los Austrias, somos, al revés que Europa, "una nación esencialmente teológica" (A. Cánovas del Castillo: Discurso en el Ateneo, el 31 enero 1884, En *Problemas contemporáneos*, Madrid, Pérez Dubrull, 1884, tomo II, pág. 126), que no quería reinar sobre herejes, que entendía en ámbitos esencialmente populares la interpretación callejera de los autos sacramentales, que luchaba y moría por defender una fe. Vives, en frase de un holandés protestante, es, ante todo, un *christelijk theolog* (W. Francken: *Johannes Ludovicus Vives, de vriend van Erasmus, in zijn leven en als merkwaardig christelijk theolog en philanthroop der 16 eeuw. Met portret. Te Rotterdam, bij van Meer & Verbruggen, 1853. XII + 196 blads. Vide pág. 17).*

Vitoria nos dice en la elección *De potestate civile*, in principio, que nada hay ajeno al que es teólogo, y Suárez la ha de llamar divina y sobrenatural, precisamente por su amplitud de miras en las primeras palabras, de sus *Disputatione Methaphysicae* (Proemjum, edición 1605, tomo I, página 1.^o).

Por eso, a lo segundo, nuestra postura es la de negar las negaciones heterodoxas, la de enemistad al maquiavelismo y la protesta, a la soberanía y al antiescolasticismo. Todo ha de girar en torno al orden. Vitoria renovará la doctrina tomista, Soto construirá una concepción restauradora de aquel orden realista (P. Venancio Carro, O. P.: *Los colaboradores de Francisco de Vitoria. Domingo de Soto y el Derecho de gentes*. Madrid, Bruno del Amo, 1930, pág. 39), y Suárez coronará la labor con una perfecta síntesis ecléctica en la maestría sin pareja de una Metafísica edificada sobre la idea cardinal de un ente simplicísimo. Así somos por excelencia los continuadores de la Escolástica, los que hemos de completar en todos los campos del espíritu la *philosophia perennis* de un medievo católico. En la cultura como en la vida, echamos sobre nuestros hombros la tarea ingente de domar a un mundo desmandado, manteniéndolo firme en la sagrada unidad de una sola creencia.

En todos los aspectos obramos con los ojos puestos en lo alto, buscando beber pasiones de infinitos, de esas que sólo se sacian en el mismo Dios. Vivimos para un más allá, para Dios, y por eso queremos abarcar toda la tierra para soñar con una humanidad postrada de rodillas ante el Dios de la Verdad cristiana y con una cultura cuyas voces fueran inmensas plegarias de alabanza del Señor. El ideal antiguo de los dos poderes cae sobre

nuestros hombros trasladado a una monarquía federativa y misionera, que por monárquica supone una unidad de mando y sujeción al mismo rey, por federativa implica el respeto a todas las características de lengua y leyes, y por misionera hace ver que esta diversidad se acuesta a aquella unidad política en función de la comunidad de creencias y oraciones al Uno que es Eterno.

La construcción genial es un juego de causas primeras y segundas, de Dios y el hombre, de lo eterno y lo presente, de la variedad y la unidad, de la tierra y el cielo. España logra una exacta valorización del hombre, y con ella salvó la riqueza espiritual de lo cristiano impregnando de ella a lo español. Frente a la serie de escisiones luteranas nosotros concentramos nuevamente la verdadera relación entre la criatura racional y su creador; logramos anudar lo de abajo con lo de arriba frente a un pensamiento que a fuerza de tirar hacia el lado de Dios lo había desprendido del lado de los hombres.

España restaura la postura católica precisa; el día más memorable de la historia del mundo, el 26 de octubre de 1547, un jesuita español que con la sangre de sus venas confirmaba, una vez más, el sentido católico de España, plantea ante los doctores de Trento la fórmula precisa que ate para siempre a Dios y al hombre, a la Naturaleza y a la gracia, a la salvación y a la evocación, a la *physis* (1) y al *nomos* (2), a la Metafísica y a la Historia. Aquel feliz ejemplo que Lainez puso de caballeros de iguales armas y distinto músculo es la fórmula que salva al mundo en la coyuntura trágica del 1500.

En la evolución del concepto de lo español que venimos persiguiendo, esta oposición entre lo nuestro y lo europeo es, no sólo la quinta época, sino la hora de la madurez y de la plenitud vigorosa. Al recoger España la herencia del Sacro Imperio y las funciones de defensora de la Fé, recibe también el sello de la misión y del sacrificio para la mayor gloria de Dios. Se hace la nación católica por excelencia, porque es la primera en acorrer a la defensa del catolicismo; y siendo católica en tal grado, se opera en ella un proceso único entre todos los pueblos del planeta. De una parte, se espiritualiza por entero, perdiendo en absoluto aquel sabor local y peninsular que venía poco a poco paulatinamente eliminando a lo largo de los momentos visigodo y medieval; de otra parte, y justamente en razón directa de esa espiritualización, abre los brazos a todas las gentes con respeto a todas las diversidades, porque es el guión cristiano en la política, y tras el guión cristiano caben todas las diferenciaciones.

En el siglo XVI muere España, concepto territorial análogo al de Francia o de Inglaterra; se acaba para siempre la referencia a un lugar o a una fabla, a una parte de los mundos. Cuando Claudio Clemente, en su

(1) *physis*

(2) *nomos*

Machiavellismus ingullatus (1628), incide en las promesas que Ríbadeneira apuntara en su *Príncipe cristiano* (1595), lo hace con lógica de milite de una fe al par que defensor de un rey; si es cierto, como él sostiene, que la conducta de los reyes españoles es el más claro mentís al maquiavelismo por el doble carácter religioso y universo que nuestra monarquía católica posee, no cabe otra secuela sino que somos el pueblo de Dios sobre la tierra. Fuimos genialmente totales —no totalitarios—, porque fuimos misioneros; representamos la verdad política, porque entre nosotros no se trata de una afirmación política desconectada de Dios y orgulosamente autónoma al uso de las que se insertan en la línea rompedora del orden medieval, sino porque nuestra verdad política es tal, en tanto está al servicio de la verdad religiosa única, de la doctrina de Cristo.

Pero ya no es España, sino las Españas, idea nueva y espiritual nacida al calor y como herencia de la España vieja y de confines. Con ella nace la fórmula moderna de la Cristiandad, la que viene a heredar la fórmula medieval del Sacro Imperio Romano Germánico, que la Cristiandad adoptó en los tiempos medios. Por ser defensores de la temática católica entre todos los otros pueblos cuando el catolicismo sufría terribles ataques en la coyuntura del Renacimiento, nos hicimos dignos y aptos para merced tamaño, para ser los continuadores de la obra política de Carlomagno, los realizadores de la *civitas agustiniana*, los mantenedores del equilibrio jerarquizado de los dos poderes y los gonfaloneros indiscutibles de la bandera de la salvación del mundo.

No es que confundiéramos lo político con lo religioso, sino todo lo contrario. Jamás pensamos en incorporar la Iglesia al servicio de lo hispánico. Fué nuestro desinterés el que nos llevó a esa empresa y el que nos empujó a asumir un título que si es cierto que implicaba honra, también es verdad que suponía sangre y renunciás de tremendo sacrificio ascético. No es extraño que las gentes de hoy, desespañolizadas y corrompidas, no entiendan la grandeza augusta de aquel sacrificio que fué causa de la universalidad de las Españas; pero, en todo caso, ello no significa sino decadencia y mengua de los que hoy son respecto a los que fueron. Encarándose con ese rebajamiento, pudo un día decir el Maestro con frases concluyentes: “¡Cuánto mejor me hubiera estado describir la católica España del siglo XVI, que con todos los lunares y sombras (que no hay período que no los tenga), resiste la comparación con las edades más gloriosas del mundo! Hubiéramos visto, en primer lugar, un pueblo de teólogos y de soldados, que echó sobre sus hombros la titánica empresa de salvar con el razonamiento y con la espada la Europa latina de la nueva invasión de los bárbaros septentrionales; y en nueva y portentosa cruzada, no por seguir a ciegas las insaciadas ambiciones de un conquistador, como las hordas de Ciro, y de Alejandro y de Napoleón; no por ínicua razón de Estado, ni por el tanto más cuanto de pimienta, canela o jengibre, como los héroes de nuestros días, sino por todo eso que llaman idealismo y visiones los positivistas, por el dogma de la libertad humana y de la responsabilidad moral, por su Dios y por su tradición, fué a sembrar huesos de caballeros y de mártires en las orillas del Albis, en las dunas de Flandes y en los escollos del mar de Inglaterra. ¡Sacrificio inútil, se dirá;

empresa vana! Y no lo fué, con todo eso, porque si los cincuenta primeros años del siglo xvi son de conquistas para la Reforma, los otros cincuenta, gracias a España, lo son de retroceso; y ello es que el Mediodía se salvó de la inundación y que el protestantismo no ha ganado desde entonces una pulgada de tierra, y hoy, en los mismos países donde nació, languidece y muere. Que nunca fué estéril el sacrificio por una causa justa, y bien sabían los antiguos decios, al ofrecer sus cabezas a los dioses infernales antes de entrar en batalla, que su sangre iba a ser semilla de victoria para su pueblo. Yo bien entiendo que estas cosas harán sonreír de lástima a los políticos y hacendistas, que, viéndonos pobres, abatidos y humillados a fines del siglo xvii, no encuentran palabras de bastante menosprecio para una nación que batallaba contra media Europa conjurada, y esto no por redondear su territorio ni por obtener una indemnización de guerra, sino por ideas de teología, la cosa más inútil del mundo. ¡Cuánto mejor nos hubiera estado tejer lienzo y dejar que Lutero entrara o saliera donde bien le pareciese! Pero nuestros abuelos lo entendían de otro modo, y nunca se les ocurrió juzgar de las grandes empresas históricas por el éxito inmediato. Nunca, desde el tiempo de Judas Macabeo, hubo un pueblo que con tanta razón pudiera creerse el pueblo escogido para ser la espada y el brazo de Dios; y todo, hasta sus sueños de engrandecimiento y de monarquía universal, lo referían y subordinaban a este objeto supremo: *Fiet unum ovile, et unus pastor*. Lo cual hermosamente parafraseó Hernando de Acuña, el poeta favorito de Carlos V:

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
la edad dichosa en que promete el cielo
una grey, un pastor sólo en el suelo
por suerte a nuestros tiempos reservada.

Y tan alto principio en tal jornada
nos muestra el fin de nuestro santo cielo,
y anuncia al mundo para más consuelo
un monarca, un imperio y una espada."

(*Historia de los Heterodoxos españoles*, ed. Suárez de las *Obras completas*, tomo V, 1928, págs. 388-389.)

El sentido de lo español y su cambio de España en las Españas en esta época quinta y madura está ahí insuperablemente perfilado. Incluso la construcción política que es desde entonces para siempre la definición que condensa el sentido total de nuestros pueblos: "Las Españas son una verdad política, la Catolicidad, al servicio de una verdad religiosa, el catolicismo. Postulan, en consecuencia, un sistema que respete las particularidades de cada uno de los pueblos agrupados bajo su bandera, atándoles solamente con dos lazos: uno interno, obediencia a Dios Cristo, Hijo de Dios vivo; otro, externo, obediencia al mismo jefe."

Esa es la fórmula de nuestra madurez cuando las Españas se hacen luz de fe en forma de monarquía misionera.

XIV

De esa manera, el largo proceso se concreta en cinco periodos sucesivos: primero, el geográfico de los celtiberos; segundo, la unidad administrativa y cultural que Roma trae; tercero, la unidad política y religiosa de los Concilios toledanos, logró de las premisas cardinales; cuarto, la acentuación y avivamiento de esas premisas a lo largo de ocho siglos de lucha con una concepción misionera de signo opuesto; quinto, el alcanzamiento de la madurez en el Renacimiento, cuando adquiere tonalidades universales en la ocasión de defender el sentido católico del orden medieval que se iba hundiendo. Salto este último desde lo material y detallado hasta una ambición de conquistar para Cristo a todos los hombres dispersos por la faz entera del planeta.

Entonces no es, por tanto, el momento de nacer España, sino las Españas. Yerran, pues, los que no otean así el período que va desde fines del siglo xv a los días medievales del xvii. Ni Cánovas, cuando apunta que España nace al advenimiento de la Casa de Austria (*De la Casa de Austria en España. Bosquejo histórico*, Madrid, imprenta de la Biblioteca Universal Económica, 1869, pág. 3, y discurso en el Ateneo, el 31 de enero de 1884, en *Problemas contemporáneos*, tomo II, 1884, pág. 126); ni Marriot, al sostener la misma fecha (*The evolution of modern Europe*, 1453-1932. With 16 maps and 3 tables. Methuen & Co. London, 1933, XI + 431 págs. Pág. 32); ni Gabriel Maura y Gamazo, cuando le retarda a los días del segundo Carlos (*Carlos II y su corte*, Madrid, librería de F. Beltrán, Tomo I, 1911, pág. 7). Más certera es la opinión de Ramiro de Maeztu cuando escribe que es la Historia quien poco a poco la ha ido definiendo. (*Defensa de la Hispanidad*, tercera ed. Valladolid, 1938, página 35.)

La riqueza espiritual de España es la tradición de España. Y si recordamos lo dicho en la primera parte, veremos que ésa es también la nota que nos diferencia de los demás pueblos del planeta, y cómo de los avatares continuos de la Historia ha podido nacer un producto depurado de cosas de la tierra, el único entre todos, que, gracias a sus afanes teológicos, tiene un aura de cielo.

TERCERA PARTE

DE COMO LA RIQUEZA ESPIRITUAL DE ESPAÑA PODRA SER BASE DE NUESTRA FUTURA GRANDEZA

XV

Con lo dicho en la segunda parte se contestā a la cuestión de saber cuál sea la riqueza espiritual de España, y podemos entrar de lleno en el tema expuesto para el concurso: averiguar hasta qué punto pueda ser aprovechado hoy este tesoro de la tradición.

Dos problemas aparecen tras esta cuestión principal: uno, cualitativo, en qué manera ha de utilizarse esa riqueza; otro, cuantitativo, en qué cantidad debe aprovecharse. A lo primero le da respuesta la relación entre los conceptos de tradición y nación, de que en la primera parte nos ocupamos. Si la tradición en que la riqueza espiritual consiste se forma, por sedimentación de los estratos que van depositando, una tras otra, las distintas épocas históricas, es una depuración diaria la que va determinando qué es lo que debe desaparecer y qué es lo que debe pasar a los momentos ulteriores. Con ello el problema pasa a un plano histórico, porque es la constante subterránea de las cosas la que va labrando y delineando los contornos de la esencia vital que marca a un pueblo.

A lo segundo, porque ocurre algo análogo. Es una realidad concreta y permanente la que señala lo que constituye nuestra actual esencia y en qué cantidad deben combinarse los factores que aporta el actual instante con lo que queda de las épocas más viejas.

O sea que en uno y otro caso todo se resuelva nuevamente en una observación histórica que concrete la calidad y la cantidad de la riqueza espiritual pasada y la cantidad y la calidad en que esa riqueza debe pasar a los momentos venideros. Cuando nos preguntamos cómo la futura grandeza de España puede obtenerse aprovechando la riqueza espiritual anterior, la respuesta es clara y terminante, deducida de la observación de nuestra propia evolución histórica: "Para el logro de la futura grandeza hispánica es preciso que esa grandeza se fundamente en nuestra tradición: esto es, en el tesoro de riqueza espiritual que alcanza madurez en las concepciones definitivas de las Españas de la Era grande (1492-1640)." El cómo está en recoger el espíritu y las consignas directrices de aquella hora cenital de nuestras gentes y elaborar un mundo que ayunte en cristiana y

universal —es decir, en católica— fraternidad los dos lazos, interno y externo de la unidad en la fe y en el mando a todas las diversas poblaciones de la tierra; el *cómo* está en transformar esta España pacata y antihispánica en la monarquía federativa del más grande de los monarcas españoles, del misionero rey de un pueblo de misioneros, del colosal Demonio del Mc-diodía. Está en hacer de España, tierra peninsular, las Españas de otro-ra; en poner a nuestras gentes en disciplinada formación ambiciosa de morir por verdades de Teología. Está en ser lo que somos, genialmente españoles, católicos, universales. Está en cumplir el sabio consejo ganivetiano: *Noli foras ire: in te ipsum redi; in interiore Hispaniae habitat veritas.*

XVI

¿Han seguido este consejo los pueblos españoles? No, puesto que andamos hoy, en 1942, buscando la ruta íntima de España. Si la riqueza espiritual no se hubiera aventado locamente, no habría necesidad del enunciado del concurso, porque tendríamos la grandeza, que es don seguro de las Españas cuando saben serlo a secas.

Y ¿cómo se perdió esa riqueza? Saberlo es cerrar el tema propuesto, pues señalará los caminos de recobro, que son los caminos de la grandeza verdadera.

A mediados del siglo XVII se consuma la derrota de los pueblos españoles en su faena de mantener el orden universal de la Edad Media. Las consignas del medievo se centran en una prioridad de lo católico y España queda vencida y firma la victoria de la Europa protestante cuando reconoce en Westfalia la igualdad política entre los hijos de Roma y los secuaces de Lutero. En los Tratados de Osnabrück y Münster, grises como los cielos teutónicos, se consagrará el fin de la Contrarreforma militante y se confiesa el hundimiento de las Españas misioneras. Desde entonces, en el plano de la política europea, ya somos los vencidos y ellos son los vencedores; el ideal católico del Sacro Romano Imperio y de la Monarquía federativa misionera, esto es, el universalismo espiritual ha desaparecido bruscamente del comercio de los pueblos para ser sustituido por principios económicos, balanzas comerciales, razón de Estado, expansión territorial, principio de las nacionalidades, imperialismos económicos o políticos, hegemonías y espacios vitales. Aquella lumbre ideal de la expansión al servicio de la fe ha quedado oculta, destrozada como principio político; de fuerza viva y operante queda relegada a la condición de añoranza en unos cuantos pechos.

Pero no fué eso lo peor, sino que el brillo de los triunfos de las potencias vencedoras, que obraban según principios de seca Política y pura Economía, llegó a cegar a las gentes mismas de nuestros pueblos. A partir de la mitad del siglo XVII, las Españas no son ya una unidad coherente que aguarde a pie firme la venida de la hora de la revancha, sino un

tropel mezclado de ciegos y de fieles, de los que cegó la lumbré satánica de los enemigos y de los que seguimos creyendo en la palabra incommovible del Señor y en la ocasión segura de un futuro retorno de la gesta hispánica en el mundo.

Es Portugal quien primero se separa, pero por cansancio, no por anti-españolismo. Los portugueses de 1640 siguen llamándose españoles, según lo habían hecho Ruy de Pina (*Chronica de João II*, cap. LXXXII. *Chronica de Sancho I*, capítulos IV y VI); como Gil Vicente (*Cuadro para el parto de doña Maria*, en *Obras*, Hamburgo, 1834, tomo I, pág. 3. *Tragicomedia pastoril da serra de Estrella*, II, 422. *Auto da festa*, edición conde de Sabugosa, 1906, pág. 98. Vide Mendes dos Remedios: *O sentimento religioso, o sentimento patriótico e o espírito da raça nos autos de Gil-de Vicente*. Coimbra, 1923, 143 págs., y A. Eduard Beau: *Gil Vicente. O aspecto medieval e renacentista da sua obra. Ensaio de interpretação*, separata del *Boletim de Filologia*, 1938, pág. 371); como Camoens (*Os lusiadas*, I, 31; II, 108; III, 17-20, 23-24, 101; IV, 49, 54; VII, 68; VIII, 45, 93. *Eglogas*, VI); como Sa de Miranda (*Carta I a el Rey dom Joam III*; en *Obras*, 1614, folio 105 b; *A morte do príncipe dom Joam*, id., fol. 135 vto; *Fábula do Mondago*, id., folios 10, 21-22, 65); como Jerónimo Osorio (*De gloria*, liber IV; en *Opera omnia*, Roma, 1592, tomo I, col. 219; *De nobilitate christiana*, liber III, id., I, 108-109; *De regis institutione et disciplina*, libri VI y VII; id., I, 438-439 y 489; *De rebus gestis Emanuelis regis Lusitaniae*, libri II, III y IX; id. I, 572, 574, 586, 592, 595, 628, 635 y 694; *Defensio sui nominis*, id. I, 1.125, 1.126, 1.130, 1.132); como Andrés de Resende (*Delicta lusitano-hispanicae*, Coloniae Agripinae, apud Gerhardum Groenbruch, 1613, págs. 7, 47, 85 y 218; *Historia da antiguidade da cidade de Evora*, 1576, IV y V; *Epistolae*, Olisipone, in officina Joannis Blavii Coloniensis, 1561, págs. 24 y 38; *Poemata*, Coloniae, apud G. Groenbruch, 1613, págs. 2-3, 99, 101 y 290; Oración a doña Juana en F. Leitão Ferreira: *Noticias da vida de André da Resende*, ed. del Archivo histórico portugués, 1916, pág. 67); como todo lo que vale en el Portugal de las centurias anteriores. Velasco de Gouvea, el teórico de la separación de 1640, repite, a la larga, las razones de João das Regas, el teórico de la separación de 1385: el pueblo portugués se separa para tener garantías de que va a vivir las gestas de la fe. (*Justa acclamação do serenissimo rey de Portugal dom João o IV*. Lisboa, in officina de Lorenzo de Anveres, 1644. Varias págs. s. n. + 456). Y hasta habrá servidor de los reyes lusitanos que reclame por que el cuarto de los Felipes de Castilla no acapare el título —total— de rey de las Españas. Unicamente a principios del siglo XVIII es cuando se pierde tal noción de unidad íntima y Portugal se opone a la España que forma parte; calbamente cuando predomina la carne sobre el espíritu, cuando triunfa el mercantilismo anglosajón sobre la mística católica, cuando a las razones augustas y solemnes con que Osorio patrocinaba a Felipe II se antepone la sinrazón de razones económicas del Tratado de Methuen (1704), aquel que cambiando lanas inglesas por vinos portugueses sellaba la disgregación del mundo hispánico.

La venida de Felipe V es una muestra de cómo había subido hasta el mismo trono real el deslumbramiento ante las grandezas que de seguir

opuestos cánones políticos venían para un pueblo. El testamento de Carlos II es un intento de salvar el sentido de las Españas insertando sangre nueva en cuerpo viejo; como si en política, y más en política tan noble, cupiese copiar la influencia de los otros en los vicios.

Y a ras tras de esa decisión, todo el siglo XVIII es una titánica guerra civil entre los que creen en la verdad de España y los que opinan que sólo puede venir la salvación de copiar las fórmulas de las potencias vencedoras; toda la agria réplica que el entroepeizante Feijóo merece a sus enemigos, las pensiones del marqués de la Ensenada al extranjero o la polémica en torno a la supresión de los autos sacramentales son buenas muestras de aquella lucha a muerte en que un puñado de hombres, cuya historia está por escribir y cuyos hechos están por enaltecer, mantuvieron al viento el ensueño de la bandera de la Tradición española y guardaron celosamente el tesoro vilipendiado de nuestra riqueza espiritual. Mentira parece que esa historia no esté compuesta todavía y que aun ignoremos la epopeya callada de los que, frente al poder oficial y cara a la corriente del instante, creyeron en la verdad católica que es nuestro meollo y nuestra alma; aunque también es verdad que poco a poco ya se va reconociendo así, por desgracia, en un plano literario y por plumas extranjeras. "There is a tendency — ha escrito recientemente el gran hispanista inglés J. L. Mc. Leland — to regard the eighteenth century in Spain as an age when neo-classicism, guided by a Bourbon monarch, took firm possession of the Peninsula for a entire century, and was only dispersed by sparks flying from the revolutionary conflagration in France; to consider the epoch in isolation, as a strange, singularly un-Spanish period stretching between two destached ages of romanticism. Yet an investigator discovers that Spain, though invaded by neo-classicism, remained fundamentally Romantic; that in reality the era was not an isolated one but bore its proper relationship with to previous and to succeeding periods; that the national spirit still lived in literature just as it lived on in the everyday world, despite the fact that Esquilache had prohibited the wearing of the cloth sword and *sombrero*. Perhaps it is not even too much to suggest that no age has made a better illustration for the maxim adopted by Ganivet: *No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu*." (*The origins of the Romantic movement in Spain*. Liverpool. Institute of Hispanic Studies, 1937. XII + 402 págs. Vide págs. 1-2.

En el siglo XIX continúa empeñada la batalla. La guerra de la Independencia es notorio ejemplo de guerra ganada y de revolución perdida. Nuestros abuelos lucharon allí por principios de la España grande, aunque en la retaguardia gaditana triunfara la Anti-España en otro intento de regenerar a España copiando fórmulas de fuera: la Constitución de 1812, reproducción de la de 1791.

Y se llamará a un Bentham para que nos dé códigos, y se copiarán todos los sistemas de allende los Pirineos, el doctrinarismo por Cánovas, el radicalismo proudhoniano por Pi y Margall, el eclecticismo filosófico de Victor Cousin por Antonio Luna, el krausismo por Sanz del Río y los suyos, la democracia católica por Salvador Costanzo... Y en la orilla opuesta, más o menos conscientemente apegados a la verdad que unas boi-

nas rojas encubrían en las breñas vascas, la hilera de los Donosos, los Balmes, los Cuadrados, los Menéndez y Pelayos, los Mellas, que seguían a pie firme aguantando las embestidas extranjeras y atesorando la riqueza espiritual que es nuestra tradición.

La generación del 98, movimiento informe que repulsa el ambiente triste que es sudario del enterramiento de nuestro poderío, se parte también en líneas contrapuestas: los que quieren regenerar a España buscando el bienestar por la materia, renunciando a hazañas quijotescas y cerrando con siete llaves el sepulcro del Cid, como Joaquín Costa; y los que creen la soterrada tradición que Unamuno proclamaba y que era vigor inusitado en el carlismo inconsciente de Angel Ganivet (Francisco Elías de Tejada Spínola: *Ideas políticas de Angel Ganivet*, Madrid, 1939, 216 páginas), en la admiración incontenida de Valle Inclán o en el camino de Damasco del inmortal Ramiro de Maeztu. Hoy día, la polémica en torno a la valorización de José Ortega y Gasset concentra en un haz de adhesiones o de repulsas las posturas de los que estiman que la riqueza espiritual es la clave del futuro o que nuestra riqueza espiritual es herencia, cuya aceptación trae consigo más inconvenientes que ganancias.

Y esta acerba disyuntiva no es solamente castellana, sino catalana y argentina, vasca y chilena, brasileña y mejicana, portuguesa y filipina!

XVII

Es preciso volver a las Españas resolviendo esa disyuntiva en un haz universo de afirmaciones categóricas; tornar a pensar y a postular la verdad política de una Catolicidad española al servicio de un Catolicismo cristiano. Volver a creer que somos una suma de pueblos cruzados, que nuestra grandeza futura sólo podrá ser si recoge nuestra incomparable riqueza espiritual, que somos gentes dispuestas a una misión generosa que reparta entre todos los hombres la maravilla de este tesoro único.

Es la manera de poder arrostrar los obstáculos, los avatares y las enemigas que trae consigo gesta tan excelsa, que para ella parecen escritas las palabras del misterio ruso: *Beĭ perestsists ne pole perestsimi* (1) Porque la causa de las Españas es la causa de la verdad, y aunque es cierto que el final de la verdad es el triunfo, no debe sorprender la dificultad de alcanzarlo, porque es ley constante que la experiencia corrobora la de que quien dice la verdad pierde los amigos.

Govorists pravdu poserias druchbu (2).

(1) *Dale b. Necs, Solame gprob.*

(2) *Volapume npabgy, romepams gpypsady.*